

Tania Huerta

AGUAS DE YAPATERA

A escondidas la llamaban Kainene, su nombre había sido escogido por el susurro del viento en las riveras del río. El Okavango, en su lejanía, había rugido en su corriente, sus letras y su significado, tan antiguo como él mismo. Nombre de sanación y de protección. A escondidas la llevó su madre, Francisca para los blancos captores, Wangari para su casta mandinga; la llevó a presentar a los dioses, levantándola en sus brazos hacia el cielo la noche del octavo día de su existencia y le susurró su nombre al oído.

Ana María de Sotelo, zamba criolla, esclava de don Pedro de Sotelo, rezaba en el registro de nacimiento de Kainene. Como si con tal imposición se olvidara su estirpe.

Kainene creció acariciando con su pequeño dedo la marca que el carimbo había dejado en la piel de su madre mientras escuchaba una y otra vez la historia de cómo llegó a estas tierras tan lejanas.

Contaba Wangari que “El Belencito” echó amarras en las costas del Callao con su carga humana que se ahogaba en la profundidad de las galeras. Un viaje de meses echados de lado, unos pegados a otros en galeones que no estaban hechos para seres humanos.

El pecho pegado a la espalda del compañero y la espalda pegada al pecho del amigo, casi los despellejaba tras el largo viaje. Los miembros doblados, contracturados por el apiñamiento y la inamovilidad, los hacían gritar al más mínimo movimiento. Las infecciones pululaban por sus maltratados cuerpos entre la suciedad y el excremento.

Afuera, la vida no era mejor. Uno a uno salían los esclavos del galeón español. La luz del sol los cegaba después de tantas semanas en las bodegas del barco. Los pequeños se aferraban a sus madres que, aterrorizadas, gritaban sin querer salir del oscuro lugar que había sido su hogar por decenas de días. Los hombres mantenían una especie de orgullo al caminar erguidos, pero con el miedo encarnado en los ojos. Las cadenas de los tobillos les impedían caminar con normalidad y el entumecimiento de los miembros, ya acostumbrados a la pequeña bodega, acrecentaban los calambres que sufrían. Un grupo de españoles se acercó a ellos con baldes de agua y cepillos de cerdas duras, con los cuales mojaban sus cuerpos y raspaban la mugre sin importarles arrancar también costras y abrir nuevamente heridas en sus sufridos cuerpos. No respetaban a las mujeres, exhibían su desnudez ante los ojos lascivos de muchos de los futuros amos que saboreaban ya a la nueva esclava que esa noche llegaría a su cama.

Oluwole se aferraba al cuerpo de su madre, el niño se asía a Wangari con todas las fuerzas que sus delgados brazos le permitían rodear la cintura materna.

No importaron los gritos de desesperación de ella, el pequeño le fue arrebatado de su lado, de su vida, sus brazos quedaron vacíos al extenderlos buscándolo. La imagen de su hijo gritando, suplicando, clamando por ella mientras las cadenas en sus tobillos no le permitían avanzar hacia él, salvarlo, fue el recuerdo que nunca se permitió olvidar y que también conservaba en la mente de Kainene.

Ella tuvo un hermano mayor y eso nadie se lo quitaría mientras ambas lo recordaran.

Las noches de Piura eran calurosas, la caña de azúcar le había astillado los dedos como protesta por los cortes profundos con que la cosechaba. El ardor de su piel quemada por el sol y los labios cuarteados por la poca agua que recibía, no se comparaban al dolor de su joven cuerpo que trabajaba mientras el día tuviera luz, casi sin descanso, solo movido por la fuerza de su edad y el sonido del látigo que el capataz hacía sonar sobre las espaldas de sus hermanos de cautiverio.

Por la noche, en la barraca, su madre la frotaba con aceite de laurel que ella misma preparaba con las hojas que le daba la señora de la casa grande por ser tan buena cocinera.

—Francisca, no sé a dónde irá el resto de tu cuerpo, pero esas manos van directo al cielo —le decía siempre al probar su comida, recibiendo un silencio imperturbable por respuesta.

Mientras sobaba los músculos adoloridos de su hija, Wangari cantaba bajito, cantaba una canción ancestral en su lengua de origen, le cantaba a la luna, a las estrellas que brillaban acompañándola y al río. Y cuando la noche tocaba su momento más oscuro, protegidas por su manto, ambas le llevaban una pequeña ofrenda al Yapatera, cuyas aguas corrían susurrando entre los sauces y la cañabrava que rodeaba sus laderas. Kainene soltaba el pequeño atado de granos y yerbas en sus aguas, como su madre le había enseñado desde niña. Si ella no hubiera sido capturada por los blancos, Kainene hubiera sido Arugba, la doncella virgen que llevaba en sus manos las peticiones y ruegos de todos. Las dos mujeres, madre e hija, pensaban que Oloddumare, su dios supremo, también estaba ahí pues, era el dueño de la vida y todas las cosas vivas le debían su respiración, pero a ciencia cierta, Kainene no estaba segura de que él las escuchaba.

Aquella noche, al regresar a la barraca, el capataz las interceptó, las humilló e insultó con las

palabras más vulgares e hirientes, el látigo cayó sobre sus cuerpos, sobre el rostro de Wangari que fue cortado por este al proteger a su hija. El hombre la tomó por el brazo, lanzándola contra las rocas de la orilla del río, la golpeó con la fusta hasta que casi no tuvo fuerzas mientras Kainene se lanzaba a su espalda para defender a su madre.

—*¡Maferefium olof, maferefium Oloddumare!*
—alcanzó a gritar la madre, mirando al cielo con la voz entrecortada saliendo de los labios sangrantes, antes de que una roca le arrebatara la conciencia.

El hombre giró hacia la chica que corrió a la orilla del Yapatera que, furioso, parecía haber despertado y clamaba con su corriente, que golpeaba las piedras de su cauce emitiendo un sonido ensordecedor. El capataz la detuvo, jalándola del vestido que rompió dejando al descubierto la lustrosa piel de Kainene, brillante y tersa como el ónix más reluciente, como su cuerpo que no había conocido hombre, que no había sido jamás profanado, salvo por el carimbo ardiente que había dejado, entre sus hombros, las iniciales marcadas a fuego de su amo.

El peso del hombre la presionó sobre la húmeda orilla del río que gritaba su desgracia, cerró los ojos al sentir la saliva alcohólica cayendo sobre su rostro, sintiendo sus piernas separarse ante la fuerte rodilla del inhumano que la atacaba. Ella arañaba, golpeaba, suplicaba... sin fortuna. A punto estaba de rendirse al inminente flagelo, cuando una voz áspera rompió la gresca entre los dos cuerpos. Una voz vieja y profunda que se acercaba sin temor, diciendo palabras ininteligibles para ellos. Solo reconoció una que el extraño repetía: *hani*, significaba NO; mil veces se lo había dicho su madre cuando niña.

Entre los brazos del salvaje que la atacaba, Kainene logró ver al personaje que se aproximaba rengueando, arrastrando una pierna, apoyando su brazo en una muleta

hecha de troncos, con un rostro tan oscuro como el alma del hombre blanco. El esclavista lo insultó, lo amenazó con el látigo y su fuerza. El viejo no se iba. Soltó a la joven para acometer contra el débil anciano, ella quiso detenerlo, pero de un puñetazo en el rostro la tumbó nuevamente al piso, desde donde solo le quedó mirar.

No llegó el capataz a tocar al viejo inválido, sus pasos se iban haciendo más lentos cada vez y su cuerpo más pesado. Kainene veía con los ojos abiertos de terror, cómo la piel de los brazos del capataz se iba estirando, estirándose hasta el piso, hasta caer por pedazos,

—¿Qué me has hecho, diablo, qué me has hecho, diablo negro?! —gritaba el abusivo y con sus manos esqueléticas se tocaba la cara, cuya piel se quedaba pegada a sus dedos.

Cayó a los pies del anciano, sus piernas rotas ya no lo sostenían, el sonido de sus huesos quebrándose crisparon los nervios de la chica que horrorizada, ahogaba un grito en su garganta reseca.

El desconocido miraba a la masa de carne que hace un momento era un hombre, lo golpeó con su bastón. Kainene aprovechó para correr hacia su madre temiendo que también le hiciera daño. Wangari apenas abrió los ojos, apoyando su cabeza en las piernas de su hija. Observó la escena entre la sangre que caía por su rostro.

—Sakpatá... —susurró la madre, reconociendo a uno de los dioses que rodeaba a Oloddumare. Era el dios de las enfermedades, de la lepra, del que le había hablado su madre y la madre de esta mientras cocinaban el *domodah* en las laderas del Okavango.

—¡Oloddumare, lamè! —habló el anciano mientras desaparecía lentamente entre los árboles de sauce.

Kainene miró a su madre interrogándola con sus ojos.

—¡Oloddumare, escucha! —le explicó a Kainene, mientras las aguas hermanas del Yapatera hacían mecer el carrizo de sus riveras.